

cogieron con nosotros en Acámbaro, el ayuda de cámara de Rul y el hijo de éste, por quien pidió su padre se lo dejasen y se le concedió; pero á los otros dos los juntaron con una porcion de europeos que habia en otros cuartos, y los llevaron todos á la cárcel, á incorporarlos con otros muchos que habia allí.

Luego conocimos que el ejército marchaba al dia siguiente, y que nos dejaban allí para salir con él, sin embargo de haber pedido lo contrario, para podernos curar de las heridas, pero no se nos concedió.

Volvimos á Acámbaro haciendo mansion en los pueblos de Indaparapéo y Zinapécuaro (1), y allí se hizo la gran promocion, nombrando al cura de generalísimo; á Allende de capitán general; al padre Balleza, á Ximenez, á Arias y á Aldama de tenientes generales; y á Abasolo, á Ocon y á los dos Martinez de mariscales de campo, con cuyo motivo hubo misa de gracias y Te-Deum con repiques y salvas, y despues se pasó una revista al ejército, reducida á formar regimientos de á 1,000 hombres de á pié y de á caballo, y pasaban de 80,000.

Los nuevamente ascendidos se pusieron sus uniformes y divisas, siendo el de Hidalgo un vestido azul con collarin, vuelta y solapa encarnada, con un bordado de labor muy menuda de plata y oro, un tahali negro tambien bordado, y todos los cabos dorados, con una imágen grande de Nuestra Señora de Guadalupe, de oro, colgada en el pecho.

El de Allende, como capitán general, era una chaque-

(1) Esto es, Acámbaro.

ta de paño azul con collarin, vuelta y solapa encarnada, galon de plata en todas las costuras, y un cordon en cada hombro que dando vuelta en círculo, se juntaban por debajo del brazo con boton y borla colgando hasta medio muslo: los tenientes generales con el mismo uniforme, solo llevaban un cordon á la derecha, y los mariscales de campo á la izquierda.

Los brigadieres, á mas de los tres galones de coronel, un bordado muy angostito; y todos los demás la misma divisa de nuestro uso.

A todo el que presentaba mil hombres, lo hacian coronel y tenia tres pesos diarios: igual sueldo disfrutaba el capitán de caballería: el soldado de á caballo un peso diario, y cuatro reales el indio de á pié: los generales y mariscales de campo me decian que no tenian sueldo alguno, y que antes bien habian gastado todos sus intereses; pero lo cierto es que triunfaban y gastaban cuanto querian, como que en los saqueos cogian anticipadamente lo mejor.

Salimos el dia inmediato para Marabatío, y de allí para la hacienda de Tepetongo, y á poco de haber salido de esta poblacion (Marabatío) hubo una alarma, diciendo que los gachupines se iban apareciendo en la loma inmediata, con cuyo motivo se hizo avanzar el ejército, que segun el desórden en que marchaba siempre, y la gran cola que hacia, esta operacion era de muchas horas, pues los indios iban cargando á sus hijos, carneros y cuartos de res, y es de advertir que de los saqueos que hacian, se llevaban las puertas, mesas, sillas, y hasta las vigas sobre sus hombros.

Se llegó á nosotros el general Balleza y nos hizo atar á los cuatro que íbamos en el coche, á pesar de que los dragones de escolta se resistieron á hacerlo, y hasta lloraron al tiempo de ejecutarlo.

El motivo de este trastorno no fué otro, que dos europeos escapados de una hacienda que vieron correr, los que ya cogidos, se apaciguó el alboroto y nos desataron.

Despues hicimos las jornadas á la hacienda de la Jordana, Ixtlahuaca y Toluca sin novedad particular, mas de la corriente de los insultos y gritería continua de la indiada.

A la salida de esta ciudad, donde nos quedamos con el padre Balleza, despues de haber marchado el ejército empezó la plebe á saquear la casa de un europeo, la que atacada por su guardia, fué acosada y encerrada en el cementerio de la parroquia, desde donde el citado Balleza empezó á predicar contra los gachupines, diciéndoles que no habian hecho mas que quitarles el pan de las manos; pero que pronto serian los indios dueños de todo; que ellos no trabajaban ni se exponian con otras ideas; pero que no por eso debian saquear las fincas ni las casas, cuyos productos se repartirian despues con igualdad; que Nuestra Señora de Guadalupe era la protectora de su causa, y que ya que la habia comenzado felizmente, con la misma felicidad la concluiria: les tiraba puñados de medios de cuando en cuando, alternándolos con las voces de *mueran los gachupines*, de suerte que juntó multitud de plebe, y se marchó con su guardia dejándonos á su discreción, pues solo teníamos una corta compa-

ña de escolta repartida en dos coches, muy distantes uno de otro, y amenazados por los insultos y gritería de ser despedazados.

Allí me tomaron los indios de su cuenta, empeñados en que yo era el general Calleja, y así se me amontonaban, diciéndose unos á otros: *mira al descolorido y descalabrado, es el bribon de Calleja; ¡ay perro! ahora no te has de escapar*, y otras insolencias mucho mayores, que obligaron á la guardia á desengañarlos de que yo no era el que pensaban.

Aquel dia nos dirigimos con el ejército, no á Lerma como era regular, dirigiéndose á Méjico, porque decian ellos que el general Trujillo estaba en aquella ciudad, y que habia interrumpido el paso rompiendo un puente, y así se dirigieron á Santiago Tianguistengo, saliendo el dia inmediato para el monte de las Cruces, sitio y accion memorable para nuestras tropas y armas, que con otras dos piezas de artillería que hubiesen tenido de su parte, hubieran conseguido la mas completa victoria solos 800 hombres contra mas de 80,000; es verdad que nos hubiera costado las vidas á los pobres europeos prisioneros; pero nada importaba esto en comparacion de la gloria y utilidad que resultaba, en honor de una corta division de soldados valientes, acreedores á los mas altos elogios por su valor.

Sí, Sr. Excmo.: aunque yo no estaba asegurado de la exacta fuerza que tenian los nuestros, me presumí desde luego, por el conocimiento que tenia de los terrenos, á causa de haber sido el director de aquel camino, que el corto espacio que se defendia no era capaz de mucha

guarnicion, y aunque la situación local era muy ventajosa, sabiendo á punto fijo que el ejército insurgente pasaba de 80,000 hombres, por mas desordenados é indisciplinados que estuviesen, debia tardar poco en decidirse la accion; pero no fué así, porque duró mas de seis horas y media, y les costó mucha sangre, confesando ellos mismos que hubieran sido del todo derrotados y rechazados, si hubiesen tenido los nuestros otros dos cañones.

Durante la accion, nos tuvieron á los prisioneros en medio de los cajones de pólvora, para volarnos en caso necesario, adonde venia con frecuencia el general Balleza á darnos las noticias segun las deseaba, anticipando para ello las voces de *viva Maria Santísima de Guadalupe*, las cuales repetia yo quitándome el sombrero, y él añadía que *mueran los gachupines*, y yo le respondia, *eso si no digo yo*. En la primera embajada nos dijo, *ya murió el virey*: yo no lo creí, pero me horrorizaba la expresion: en fin, ya obscurecido, nos pusieron en marcha llevándonos á caballo, y encumbramos el cerro de las Cruces, acompañados de aquella multitud desenfrenada que no cesaba de repetir infamias contra todos nosotros por el destrozo y mortandad que habian sufrido, gloriándose al mismo tiempo de haber muerto á Trujillo, á Mendivil, Rodriguez, Bringas y á otros muchos; dudas que yo no podia desatar y que me llegaban al alma. Ibamos pisando cadáveres, y con la oscuridad se me representaba en cada uno, algunos de mis tiernos amigos, dignos de mejor suerte.

Llegamos á la una de la noche á Guajimalpa, sin otro

alimento que el de un pocillo de chocolate que habíamos tomado al amanecer, habiendo pasado el dia mas cruel, muertos de necesidad y sin tener la menor cosa con que alimentarnos, ni otro lecho ni abrigo que un mal capote.

Por fortuna, nuestras heridas estaban casi buenas, y pudimos emplear el repuesto de hilas y vendajes que traíamos, para las curaciones de Medina, Cosio y otros varios soldados nuestros, que supimos estaban heridos.

La mañana siguiente, dia de todos Santos, se nos aseguró que el inmediato entraríamos en esa capital, y que para hacerlo de paz iban á enviar de embajador al general Gimenez: yo que conocia al sugeto y sus fanfarronadas insultantes, me reia de la propuesta y mas de la eleccion. A éste le oí decir en Acámbaro con mucha desvergüenza que *era menester quitarse ya el rebozo; que ya habia llegado el tiempo de la felicidad é independenciam, y que ya era menester verificarlo á lo Napoleon, á la capital, á la capital*: por estas expresiones vendrá V. E. en conocimiento del carácter del sugeto elegido para embajador, como ellos le llamaban.

Llegó el dia inmediato, pero no para verificar sus diabólicos proyectos, sino al contrario. Cuando siempre nos llevaban á la retaguardia del ejército, nos metieron á toda prisa en el coche, marchando á la vanguardia en retirada, para volver á encumbrar el cerro de las Cruces, y dejando á la retaguardia del ejército todos sus generales y artillería, lo que me hizo creer que temian alguna salida de esa ciudad.

Despues nos dijeron que la respuesta de V. E. á Gimenez habia sido de palabra, diciendo *que no admitia á*

nadie V. E. sino de guerra y con las armas; pero segun se me explicaron otros mas reservadamente, lo que les obligó á la retirada, fué la contestacion que recibieron de algunos de sus emisarios: lo cierto es que la accion de las Cruces, á mas de amedrentarlos, les dió de pérdida entre muertos, heridos y desertores mas de 20,000 hombres, y que con la retirada que hicieron de Guajimalpa, se les desertaron otros 20,000 hombres, de suerte que quedó reducido su ejército á 40,000 hombres, y de ellos 15,000 de á caballo, que era la fuerza que tenia cuando la accion de Aculco.

Sus generales dudaban sobre sus resoluciones; estaban todos discordes, y aunque me dijeron que la detencion del ejército en los valles era para dar tiempo á reponer la caballada, no dejaba de penetrar que tenian algun otro designio y que se hallaban llenos de recelo: esto les hizo tratarnos con mas humanidad; y aunque varias veces se habian insinuado disimuladamente para que tomásemos las armas en su favor, particularmente con Rul, á quien desde el primer dia quisieron hacerlo general, la resistencia que siempre encontraron en nosotros y el desprecio de sus proposiciones los habia contenido; pero en los últimos dias de nuestra prision se declararon abiertamente, hasta llegar á decir algunos de ellos que pondrian el mando del ejército á mi disposicion; desprecié siempre sus ofertas, segun debia, sin embargo de que la triste situacion en que me hallaba, me impedia tomar abiertamente la venganza de semejante agravio, y me contenté con decirles, que mi desgracia me habia puesto en caso de ser enteramente inútil para las armas; pero que si me

permitian pasar á la capital, intercederia con V. E. para evitar el derramamiento de sangre tan necesario (1) en las actuales circunstancias para la seguridad de este reino.

Conocí que no habian despreciado del todo mi produccion, y que el miedo les haria aprovecharse de cualquier partido; pero, en fin, llegamos á la hacienda de San Antonio desde donde salimos al inmediato dia, segun dijeron, para Arroyozarco: íbamos Merino y yo en un coche de muy mal avío, y viéndonos el mariscal Aldama, nos dijo que con aquellas mulas no era posible hiciésemos la jornada, y le respondí: *Pues esto es á la salida ¿qué será dentro de poco tiempo que las mulas se cansen?* Entonces nos hizo apearse del coche y me hizo entrar en el suyo, donde encontré ya á Rul, y á Merino lo colocó en otro coche tambien suyo que iba adelante.

En las conversaciones que se ofrecieron, siempre nos manifestaba los deseos de una composicion con V. E. para terminar la revolucion; pero yo procuraba desentenderme, tanto por las disparatadas condiciones que se proponian, como porque conocia que habia poco que confiar en la inconstancia de su carácter.

Aquella tarde vinieron á darle aviso de que venian llegando unos coches y gente de escolta, y dijo Aldama: *Este será mi hermano que viene á reunirse á nosotros con su ejército y familia.* Entonces me pareció regular brindarles á pasar en el coche de Merino para dejarlos solos,

(1) Quiere decir, que era tan necesario evitar en las circunstancias de tener que estar el reino prevenido para defenderse de los franceses.

y accedió á ello verificándolo juntos Rul y yo. Llegaron en efecto como unos mil hombres de á pié y á caballo, el Lic. Aldama y su mujer, juntamente con sus sobrinas las hijas de D. Juan.

A poco rato llegó un dragon á caballo muy asustado, diciendo que un ejército de gachupines iba entrando en Arroyozarco; que el cura y el ejército habian tomado el camino de Aculco, y que nosotros hiciésemos lo mismo.

Entraron todos en nuevo sobresalto, y como era tan malo el camino para coches y nos cogió la noche, no pudimos pasar una barranca para llegar al pueblo, y nos hubimos de quedar á hacer noche en un cerro muy elevado.

El Lic. Aldama y su hermano nos acompañaron en el coche grande rato: el miedo les hacia humillarse; pero sin desprenderse de echarlas siempre de guapos y suponer tener asegurados sus proyectos, pues aun cuando fuese arrollado su ejército por una casualidad, la suerte de los europeos en el reino seria siempre la misma que la de los franceses en España: ser dueños solo del país que pisásemos.

Por la mañana seguimos el camino para el pueblo, llevando nuestro coche por delante á causa de que no tenian escolta: las señoras y demás comitiva se quedaron en una casa á la entrada del pueblo, sin que lo advirtiésemos, llegando nosotros hasta la casa del cura Hidalgo, que ya la artillería y multitud de indiada nos impedia el paso. Vimos salir á Allende con toda su comitiva y generales, y asomándome le dije que estábamos solos y sin saber á dónde ir: nos hizo apear del coche, y llevándome

á su lado, me dijo al oido: *¿Sabe Vd. que tienen Vdes. un ejército en Arroyozarco?* y le respondí: *¿Está Vd. seguro?* á lo que añadió: *Tanto, que sus avanzadas nos han cogido anoche dos dragones.* Entonces le dije yo: *Irán para Méjico;* y me respondió: *Si, porque hemos interceptado un correo del virey en que así se los manda.* Y le añadí: *Pues dejarlos pasar.* Entonces me dijo él: *¿Y si nos atacan?* A lo que contesté: *Pues qué les importa á Vds. teniendo 40,000 hombres: Vds. deben estarse quietos, y si pasan á Méjico dejarlos; pero si los atacan resistir.* Surtió mi consejo tan buen efecto, que en el momento se dieron órdenes para poner avanzadas y salir al campo, y de lo contrario se hubieran marchado para Querétaro, que era lo que querian, y se hubiera retardado mucho nuestra victoria.

Las cuentas que yo me hice fueron estas: si el ejército viene con ánimo de ir á Méjico, les aconsejo bien; y si desean atacarlos, tambien. Me asombro y bendigo á Dios mil veces, de ver como nos iba proporcionando la libertad, y es de advertir que Allende no nos habia vuelto á hablar, desde el primer dia que nos encontró en Indaparapéo.

Llegamos todos á la casa de las señoras de Aldama, donde nos dieron de almorzar, y entró poco despues el cura Hidalgo, á quien jamás he hablado, y abrazándole el Lic. Aldama, me acuerdo que le dijo: *Sr. Excmo., los indios están muy alzados: al pasar por el pueblo de San Felipe, he encontrado despedazados tres europeos y un criollo, todos con un papel de seguridad de V. E., y no permitieron que el cura les diese sepultura: si no se casti-*